rio, y dejar ocioso el incensario alguna vez para alimentar el fuego de las retortas y alambiques; y aun, hoy mismo, lo que hizo en la edad de hierro por la ciencia y la humanidad, lo hace por el esplendor y brillo de la verdad religiosa y científica, cuya harmonía irradia con irresistible fulgor en los nombres de los que van á la cabeza del verdadero progreso científico en nuestros días.

Conocéis la elevada clasificación de las ciencias por Santo Tomás, con relación al mayor ó menor grado de abstracción y universalidad con que el entendimiento considera su objeto, y recordáis que, si exige para todo conocimiento científico, el conocimiento de lo universal con abstracción de lo singular, si coloca como las primeras en dignidad las ciencias metafísicas que abstraen, bien con separación lógica ó con separación real, toda materia, y como segundas las que abstraen la materia sensible, aunque no abstraigan la inteligible, como sucede con las ciencias matemáticas, no excluye por eso, antes coloca, formando parte del conocimiento científico, las ciencias naturales en cuanto abstraen la singularidad, pero sin excluir las cualidades sensibles que constituyen propiamente su esfera.

No: las ciencias naturales tienen su puesto en la escala de los conocimientos humanos;

están sujetas, es verdad, á las leyes generales del ser y del conocer, pero tienen su objeto propio y su método especial, y mientras no se extralimiten de su órbita, invadiendo ó usurpando dominios á que no alcanza su poder, son tan soberanas de suyo como pueda serlo cualquiera otra ciencia en su propia jurisdicción.

Por eso, lejos de confundir en un común anatema, *á bulto y montón*, como los declamadores de oficio, á todos los partidarios del método experimental y del determinismo científico, aplaudimos aquella distinción necesaria con que el talento estratégico de Caro aisló á los sectarios de la escuela positivista, separándolos de los representantes genuínos de la escuela experimental. Que sólo á éstos se deben los nuevos datos de la realidad, obtenidos por sus atentas observaciones, sobre los que osadamente después tratan de fundamentar sus teorías contra todo derecho y razón los primeros, pretendiendo así hacer pasar como verdades demostradas, al amparo y con la autoridad de un descubrimiento científico, hipótesis absurdas que, no por ostentar su odio á la metafísica con estruendo, dejan de ser hipótesis metafísicas también, aunque de la peor especie conocida.

Con razón ha dicho un moderno escritor

que las ciencias no son ni pueden ser antirreligiosas, más que cuando dejan de ser *positivas* y se lanzan al campo de lo fantástico y conjetural.

No espere, pues, nadie de mí aversión ni desconfianza hacia estas ciencias. Antes bien, tengo por providencial su desarrollo en este siglo, considerándolo como una nueva fase de la apología dogmática que, evocada por manos indiferentes ó enemigas, se levanta á hacer la naturaleza, de las verdades reveladas.

Sí; digámoslo de una vez: todos los adelantos y descubrimientos científicos, todas las conquistas de la razón sobre las fuerzas ciegas del universo, todas las invenciones útiles de la industria, son otros tantos trofeos de la inteligencia espiritual del hombre en la lucha con que se posesiona de su reino; son otros tantos actos de la obediencia que debe á Dios, cuando, en el momento mismo de crearle, le mandó *sojuzgar la tierra;* son otras tantas confirmaciones de la ley fundamental del trabajo que le impuso aun antes de la caída original, al colocarle entre las harmonías del Paraíso; son los primeros escalones de aquella ascendente gradación en que ordenó el Apóstol todas las cosas: *Omnia sunt vestra, vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Cuando el hombre haya coronado su obra

con la última de sus conquistas; cuando haya sometido á su imperio todo el sistema de los orbes; cuando haya impreso su huella real en los últimos extremos de todos los reinos de la naturaleza; cuando haya tomado posesión de todas las fuerzas del universo; cuando perciba plenamente todas las inenarrables harmonías de la creación, entonces será cuando, admirando al Creador en sus hechuras, adivinando en los predicados de lo sensible todos los atributos de lo inteligible, poniendo al servicio del bien y de la verdad todas las fuerzas cósmicas combinadas, hará de la naturaleza un templo, de la enseñanza, un sacerdocio, y de la ciencia un culto con que adorar á Dios en espíritu y en verdad.

Separada ya de nuestro camino esta torcida interpretación que pudiera darse á nuestras afirmaciones, cúmpleme, señores, consignar que si no puede estar el mal en la naturaleza, ni en el cultivo de las ciencias que tienen su estudio por objeto, ni en el método especial con que se las cultiva, tiene que ser forzosamente metafísico el origen del mal, y en la metafísica ha de tratarse, y metafísicamente resolverse el medio de su necesaria desaparición.

La metafísica, ha dicho alguien, gobierna al mundo por su presencia ó por su ausencia, y yo me atrevo á compararla con el sol, que es-

tablece el día ó la noche, según nos niega ó nos otorga su luz, aun á tanta distancia de la tierra.

No necesitamos, pues, como cree gran parte de los espiritualistas modernos, descender al fondo de los anfiteatros y laboratorios, como no sea para comprobar la exactitud de sus descubrimientos. En cuanto el hecho demostrado trate de elevarse á ley, caerá bajo nuestra jurisdicción y dominio. La lógica, ciencia metafísica del conocer, examinará sus credenciales; la ontología, como ciencia metafísica del sér, sus fundamentos; y la metafísica particular seguirá cerniéndose en las regiones superiores, como el águila sobre los volcanes, segura y fuera del alcance de sus formidables erupciones.

La química y el microscopio podrán descubrir cada día nuevas propiedades en los cuerpos, que den ocasión á las combinaciones de fuerza más sorprendentes y fecundas; pero no podrán salvar jamás las invisibles fronteras del espíritu.

Dejemos, pues, señores, á los detractores de aquella *Prima Philosophia* que mereció de la antigüedad el nombre glorioso de *Sapientia*, porque, según Santo Tomás, *circa maxima inteligibilia versatur;* dejémosles abominar como de una «ilusión» y una «sofistería» de la ciencia

que da el fundamento y la base á todas las demás, y, manteniéndonos dentro de las atribuciones y de los fines que son la jurisdicción propia de esta Academia, y conformes con el parecer de la humanidad, que repite con el Poeta:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,

interroguemos á la ciencia que estudia las causas mismas de las cosas, por la causa metafísica de este mal, en cuya investigación estamos empeñados.

Señores Académicos: dirigiendo una mirada sintética al campo de las especulaciones filosóficas, salta á la vista que á la hora presente se ha realizado ya en los dominios de la ciencia la fiel reproducción de aquella tragedia dolorosa que en los albores mismos de la creación, y entre los rientes horizontes del Paraíso, nos presenta en toda su sublime sencillez la divina narración de las Sagradas Escrituras.

Todos recordáis los detalles de aquel episodio transcendental en los destinos del linaje humano. El hombre sacado de la Nada y coronado Rey de la creación, sentado en el trono del Paraíso de las terrenales delicias, libre de todo mal y dolor, y señor de todas las cosas y de sí mismo, oye la voz misteriosa que murmura en su oído la eterna palabra de tentación: *Eri-*

tis sicut Dii, «Seréis como dioses;» y consumada la rebelión contra Dios, el grito de la rebelión de todas las cosas contra él, le muestra en un próximo porvenir el sarcástico cumplimiento de tan brillante promesa. Adán, al abandonar las luminosas alturas del Edén, pudo divisar en los horizontes de la historia la obscura caverna donde, inferior á las mismas bestias, devora los palpitantes miembros de sus hermanos el antropófago salvaje.

Pues bien: lo mismo ha sucedido en la ciencia.

Todos conocéis lo que la filosofía cristiana había hecho del hombre cuando estalló la rebelión de la filosofía separatista en los días críticos de la edad moderna. El hombre, aquel monarca destronado de la creación, que había perdido con la caída original la diadema que resplandecía sobre su frente, y que había visto en su curso las aguas de la tradición dejar abandonados y dispersos los fragmentos de la revelación primitiva, al verse frente á frente de las maravillosas harmonías y de los sublimes horrores del Universo, sintió en sí aquel vehemente *deseo de entender* en que fundó el Estagirita el origen racional de la filosofía, y al verse desnudo, desarmado y solo ante aquel mundo exuberante de fuerza y en todo el esplendor de sus vírgenes manifestaciones en las épocas primitivas de la creación, le adoró como á Dios, y en el seno del dios-mundo se perdió por completo la humana personalidad, ansiosa, no de proclamarse á sí misma como distinta de él, sino de confundirse con él, abismándose en el seno de la Unidad.

La historia del Oriente, sus artes, su literatura, sus instituciones, sus castas y su religión, son el comentario elocuente del eterno dilema de su filosofía: ó anegarse, como la gota de agua en el Océano, en el seno de *Brahm*, ó desvanecerse, como la luz que se apaga en las tinieblas, en el seno obscuro del *Nirvana*.

Así fué que la influencia oriental sobre la filosofía griega antesocrática se dejó conocer en las dos direcciones principales de sus sistemas, la escuela jónica y la eleática, que compartieron su influjo en este período, que, por ocuparse casi exclusivamente del mundo, lleva el nombre de *cosmológico* en la Historia de la Filosofía.

Pero Sócrates aparece iniciando el período *antropológico* después, y el genio griego, obedeciendo al fin el mandato del oráculo de Delfos, empieza á *conocerse á sí mismo*, y mientras Fidias reproduce en el arte el ideal del hombre exterior todo entero, Sócrates labra la estatua del hombre interior, arrancándole así,

por dentro y por fuera, del seno de la Naturaleza que le absorbía.

El *Hombre-Dios* que la mitología griega sustituye al *dios-mundo* del panteísmo oriental, toma posesión del templo que, perdiendo la forma y el simbolismo del universo que caracterizaba los hipogeos de la India, se regula y concreta, adaptando sus harmoniosas proporciones, á las de la figura humana del héroe transportado por su energía personal entre las divinidades del Olimpo.

En una palabra, el antropomorfismo espiritual ha destruído el panteísmo fatalista, y el hombre, dueño y señor de sí, y distinto del universo, se ve, al impulso del poderoso genio de Aristóteles y Platón, convertido en centro de la especulación filosófica, alrededor del cual giran la dialéctica, la psicología, la moral, la metafísica y la teodicea.

Esfuerzo titánico, en verdad, de las fuerzas innatas de la pura razón, merced al cual Apolo oprime con su pie contra el suelo la cabeza aplastada de Pitón, engendrada del cieno inmundo de la tierra; pero esfuerzo pasajero y fugaz al fin, que en breve, enervada su energía moral, el hombre de la antigüedad, que era el hombre de la naturaleza al cabo, aún no perfeccionado por la gracia, desciende del trono en que la filosofía socrática le había colocado, para encenagarse de nuevo en brazos de los cínicos y de los empíricos, de los pirrónicos y epicúreos, en el seno de la materia y de la Nada.

El hombre filósofo, como el hombre moral, había desaparecido sobre la tierra, y Diógenes podía buscarle inútilmente á la luz de su simbólica linterna por todos los ámbitos del mundo antiguo.

Pero he aquí que un día un pretor romano enseñó á la amotinada multitud un reo cubierto de oprobios y de golpes, coronado de espinas y transfigurado por el dolor, con estas palabras: *He ahí al hombre;* y desde aquel día, el hombre, proclamando su personalidad espiritual, inteligente y libre, á través de todo género de seducciones y tiranías, al precio de los más heróicos sacrificios, se ostenta á las miradas atónitas de la humanidad. La *Carta Magna* de la libertad moral del linaje humano se clavó en lo alto de una Cruz, para que la contemplase toda la tierra; y mientras al calor de sus inmortales principios el asceta doma y purifica su carne para ensanchar los límites de su espíritu, y el taumaturgo recobra sobre la naturaleza el poder que perdieron nuestros primeros padres por la culpa, y el místico halla en las profundidades de su alma el camino oculto para abandonar la tierra y

unirse secretamente con su Dios, el filósofo, depurando las gloriosas conquistas de la filosofía Helena, iluminándolas con la luz de la revelación, completando el hombre de la Naturaleza con el hombre de la gracia, se une con el teólogo á su vez en el organismo perfecto de aquella sublime ciencia, cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se esconde en el cielo; ciencia racional y creyente, evidente y revelada á la vez, en la que la razón humana y la razón divina, firmando el testamento de su indestructible alianza, ascienden unificadas por la inmensa escala de la realidad en pos de la verdad antropológica, en su aspecto religioso, científico y social, en todas sus gradaciones y harmonías.

A su luz, el hombre, imagen y semejanza de Dios, centro, compendio y fin del Universo creado, lazo entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, no sólo asciende ya de nuevo sobre el trono de la creación, no sólo recobra ya definitivamente sus derechos al reino de la gloria, sino que contempla absorto á su propia naturaleza, hipostáticamente unida con la naturaleza divina, sobre el solio eterno de la divinidad. Y mientras la teología nos revela la profundidad de los misterios divinos, ante cuya grandeza se aumenta el valor moral del hombre que ha merecido estos extremos

del amor de Dios, la filosofía escribe el luminoso comentario de estas verdades en páginas que constituyen lo más preciado del tesoro intelectual de la humanidad.

El origen primario, la naturaleza propia y el fin último del hombre se desarrollan harmónicamente con la revelación, que se completa y se comprueba además científicamente. El supuesto humano, compuesto de espíritu y materia, de alma y cuerpo á la vez, aparece en toda su harmónica unidad de persona, de substancia y de naturaleza. El alma racional, forma substancial de este supuesto, creada *ex nihilo* por Dios, se proclama espiritual; como espiritual, simple; como simple, incorruptible; como incorruptible, inmortal: su entendimiento brilla como una participación y reflejo del mismo entendimiento de Dios; su voluntad, basada en esta inteligencia, tiene por atributo la libertad. La personalidad humana, una, inteligente, volente y libre, tiene por suprema finalidad la visión intelectual de la esencia divina.

La ciencia ha entrado ya en plena posesión del conocimiento del hombre. El precepto que el oráculo de la antigüedad grabó en el frontispicio de su templo, se ha realizado en absoluto por la Cristiandad. Sócrates ha sido completado por San Pablo, Platón por San Agustín, Aristóteles por Santo Tomás.

Cuando he aquí que de pronto la serpiente, enroscándose de nuevo en el árbol de la ciencia del bien y del mal, nuevamente murmura al oído de la filosofía la antigua palabra del Paraíso: *Eritis sicut Dii*, «Seréis como dioses;» y la filosofía, sucumbiendo á su vez á las falaces promesas de la tentación, tiende la mano al fruto maldecido.

Los movimientos generales de la humanidad suelen personificarse en un hombre que tiene la fortuna de llegar á tiempo. «Gracias á Descartes, según nos ha consignado la impiedad moderna, somos todos protestantes en filosofía, como, gracias á Lutero, somos todos filósofos en religión.»

Y, con efecto, un día el padre de la moderna filosofía racionalista se levantó con la modesta pretensión de «dotar al género humano de un nuevo cuerpo de filosofía acabado y completo;» y jactándose de demostrar que la filosofía antigua, desde Aristóteles á Santo Tomás, «no había podido dar la solución de ningún problema que él no pudiera demostrar como falso;» ofreciendo á la ciencia y á la humanidad redimirlas de la tiranía de la tradición filosófico-cristiana, del yugo de la autoridad y de la servidumbre de la teología, rompió las dos grandes unidades forjadas sobre el yunque eterno de la realidad por los cíclopes

de la ciencia; y con la misma mano presuntuosa y ligera con que se atrevió á poner por fundamento de la sabiduría la duda, separó la razón humana de la razón divina en el organismo científico, y separó el alma del cuerpo en el organismo humano.

Desde entonces la teología perdió su base y trabazón científica, y la filosofía sus iluminaciones dogmáticas. El hombre se desvaneció en una serie ascendente de espiritualismos, cada vez más idealistas, y en otra serie descendente de sensualismos, cada vez más materialistas también; y mientras el escepticismo idealista y crítico sentaba sus reales entre el orden lógico y ontológico de una filosofía sin religión, y el tradicionalismo levantaba la cabeza en el vestíbulo de una religión sin filosofía, como resultado de la destrucción del organismo harmónico de la antigua ciencia, brotaron como por encanto, entre los elementos antitéticos del dualismo, sistemas sustitutivos ó mediadores, ocasionalistas y harmónicos, vitalistas y frenológicos, que sólo sirvieron para demostrar el inmenso vacío que había dejado en pos de sí, con su desaparición, la unidad substancial del compuesto humano. El filósofo no estudió ya más al hombre, sino al ángel, mientras que el naturalista sólo se ocupó del cadáver; y cuando el uno miró desva-

necerse entre sus ensueños el espíritu, viéndose sometido á la pura contemplación de la idea, y el otro encontró bajo su escalpelo un conjunto de cuerpos inorgánicos falto ya hasta de las reminiscencias de la vida, se lanzaron ambos por los dos opuestos extremos de la escala fantástica de la evolución dialéctica y morfogénica, para venir á encontrarse, terminada ya su respectiva evolución, como de espaldas, es verdad, pero á encontrarse al cabo, como para negarse en la apariencia, pero para confundirse en realidad, en el seno de esa *ciencia* novísima y exclusiva, de «*¡La Ciencia!*» por antonomasia, que se levanta, oráculo infalible de nuestros días, como sacerdote de la materia, señalándonos con una mano lo inconsciente como principio, y con la otra, como fin, la Nada.

Tal es el término ó conclusión de aquel gigantesco silogismo, que, según el último gran historiador de la filosofía, abarca y representa el proceso de la ciencia negativa en estos tres siglos, y cuya mayor, iniciada para él por Descartes abriendo el ciclo de la filosofía moderna que se cierra en medio de las orgías del Terror, y cuya menor, representada para nosotros por Kant, al iniciar el ciclo de la filosofía novísima, nos dan como forzosamente ineludible la lógica conclusión del *Monismo nihi-*

lista de nuestros días, que nos ha presentado ya en la *Commune* como la *sinfonía* de la obra maestra que intenta poner en escena en el teatro de la civilización contemporánea.

No es ésta la ocasión, señores, de reproducir aquí el proceso y la evolución de la filosofía novísima, de la filosofía transcendental ó de la filosofía de lo absoluto, como se apellidó á sí misma, en el desvanecimiento de su soberbia, la víspera de su vergonzosa abdicación en el seno del escepticismo y del empirismo materialista. Conocéis hasta la saciedad las sucesivas transformaciones del pensamiento germánico, que, pasando del idealismo transcendental de Kant al subjetivismo de Fichte, y de éste al sistema de la identidad absoluta de Schelling, para resumirse en el panlogismo de Hegel, se corona finalmente con el ateologismo pesimista de Schopenhauer y de Hartmann. Y no he menester ciertamente detenerme á explicar ante vosotros por qué causa y de qué manera el *etwas* nouménico de Kant, el *yo* de Fichte, lo *absoluto* de Schelling, la *idea* de Hegel, la *voluntad* de Schopenhauer y lo *inconsciente* de Hartmann, se compenetran y se funden, condensándose á través del filtro glacial del *positivismo* de Comte y de Littré, en la *fuerza* y *materia* de Büchner y de Hæckel. Ello es que, tomando por causa ocasional la

reacción de lo positivo contra lo fantástico, el monismo ideal y transcendente del panteísmo idealista, y el monismo cósmico del positivismo materialista, se identifican y confunden en las consecuencias lógicas de sus métodos, en la esencia metafísica de sus negaciones, y en sus aplicaciones y resultados en todos los órdenes de la vida.

Porque, aun dejando aparte toda la larga serie de razones que demuestran el conocido apotegma, de que el panteísmo que palpita en el fondo de estos sistemas es el ateísmo más la mentira, no he menester recordaros aquí la comunidad de soluciones que en la mayor parte de los transcendentales problemas de la ontología, cosmología y de la moral, ostentan ambas doctrinas, y conocéis de sobra el breve y fácil camino que en brazos de la lógica llevó á la izquierda hegeliana hasta el seno del materialismo más crudo, para que yo necesite esforzarme en probar la identidad real que en medio de contradicciones aparentes encierran las dos direcciones del error en el seno de la filosofía contemporánea. Nadie ha llevado más allá que Renán este paralelismo, dando á su pensamiento materialista y ateo todo el espiritualismo idealista de que es capaz el estilo fluido y matizado de cambiantes del antiguo seminarista, y lo que Renán confirma con to-

nos y tintas tan delicados, lo proclama con su franqueza brutal Strauss, al escribir el moderno evangelio de *la ciencia*, su *Antigua* y su *Nueva fe*.

Y es en vano que se nos hable de *voluntad* y de *inconsciente:* por los nombres no hemos de reñir. Si por *voluntad* entendemos una fuerza fatal y ciega, y por *inconsciente* un principio esencial é inmanente en la materia misma, y que con ella se desarrolla y actúa, lo *inconsciente* y la *voluntad* son apelativos diversos de la *fuerza*, apodos diferentes del principio *monista* en su dirección materialista y atea, y el *Pesimismo* que los corona, su resultante final, expresada en la satánica maldición con que la criatura devuelve y arroja al Creador el beneficio de la vida, como consecuencia ineludible del *odio al sér* que constituye la esencia del Nihilismo, y como involuntaria protesta de la humanidad al ver la sombra gigantesca de la *Gran Nada* sellar definitivamente con el sello de la eternidad la losa sepulcral sobre sus inmortales destinos.

Que todo se reduce en definitiva en el mundo á la lucha del *Naturalismo* con lo *Sobrenatural*, y una vez triunfante el primero y convertida la tierra de lugar transitorio de merecimiento y de prueba, en cielo definitivo de terrenales placeres, surge como consecuencia

inmediata el *Pesimismo*, buscando en el anonadamiento el reposo, que no halló en los mentidos placeres de la Naturaleza, el espíritu creado para el Bien absoluto y sobrenatural.

Así es que, gracias á la acción combinada de esos sistemas y á su final consecuencia, el mismo positivismo francés, el transformismo radical de los discípulos de Darwin, pasa hoy como concepción tímida y deficiente á los ojos del crudo materialismo alemán, y el hombre, que la antigua filosofía nos había presentado como rey de la creación, no es ya en el evangelio de la *Ciencia* ni siquiera una individualidad, sino una *federación fortuíta de muchas células independientes;* su origen no es ya la voluntad creadora de Dios, sino las *propiedades químicas del carbono*, el *mucus amorfo*, bautizado con el enfático nombre de *Eozoon* ó de *Batybius*, y el mono *anthropopiteco* ó *pithecantropo*, que frisa con los límites de la humanidad; y en cuanto á su finalidad suprema, en vez de aquel torrente de espirituales delicias que *el ojo no vió ni el oído oyó*, y *que prepara Dios para los que le aman*, sólo consiste en su *disolución* en el seno inerte de la materia, en el *aniquilamiento total* del *cosmos*, como único medio definitivo de abismarse y perderse en las frías y silenciosas tinieblas de la Nada.

Al llegar á estas absurdas y desconsoladoras

conclusiones que constituyen el total y definitivo naufragio de la humana personalidad en la conciencia pública, y que, como última revelación y como suprema conquista de la *Ciencia*, nos presentan alegremente sus apóstoles, lícito nos ha de ser preguntar qué se hizo de aquella orgullosa *deificación* de la humanidad, tan solemnemente ofrecida por el racionalismo, al incitar á la filosofía á la rebelión contra el yugo de la autoridad, de la tradición y del dogma.

¡Ah, señores! Aquellas vanas y aparatosas declamaciones contra la filosofía *sierva* de la teología (lo que indicaba, no la *servidumbre* de la esclavitud, sino los *servicios* que la prestaba al organizarla científicamente); aquel continuo plañir sobre la superstición que encadenaba al hombre con las pesadas cadenas del temor de Dios, convirtiendo en valle de lágrimas el paraíso de la vida; aquellas ansias, aquellos anhelos de horizontes más dilatados y serenos que la vida futura en la eternidad y el goce de la visión beatífica; aquellos ditirambos en honor de la omnipotente soberanía de la Razón; aquellos cánticos á la moral independiente; aquellos himnos á la absoluta é ilimitada libertad, ¿qué se han hecho?

Apenas triunfó la rebelión y se pidió el cumplimiento de sus promesas, pasó lo que